EL TRABAJO DESPUES DE LA CLASE OBRERA

Aris Accornero y Nino Magna

1. *El problema*

En todo Occidente se está produciendo una reducción del componente obrero-industrial dentro del sistema de la fuerza de trabajo y en el propio sistema social. Los indicadores cuantitativos registran no sólo una redistribución irrefrenable del número de ocupados en la gran industria, sino también un descenso real del número de obreros respecto a la población activa, de los trabajadores de la industria respecto del total de los ocupados y del valor añadido del sector industrial sobre el producto interior bruto.

En un panorama más amplio, otros fenómenos empiezan a dar entidad histórica a la parábola de la industria, de su mundo y de sus sujetos: se consolidan estudios e iniciativas en materia de arqueología industrial; se difunden, incluso entre las clases populares, representaciones y expectativas post-industriales; se desdibujan perfiles profesionales y comunidades de oficio —mineros, tipógrafos, portuarios—, que ya pertenecen a una antropología del pasado. Incluso se va abriendo paso la impresión de que el trabajo manual está en decadencia simplemente porque lo está el trabajo obrero, que tradicionalmente ha sido su imagen más difundida. Es indudable que las innovaciones tecnológicas y el *labour saving* han contribuido a crear esta sensación, pero, lejos de desaparecer, el trabajo manual experimenta incluso un crecimien-

to en diversas ramas terciarias que ocupan y ocuparán a mucha mano de obra.

¿A qué se debe entonces que estos trabajadores manuales, a los que podríamos llamar los «obreros de los servicios», ni siquiera parezcan existir cuando en realidad están ocupando el lugar que antes ocupaban los obreros de la industria? ¿Por qué la reducción de éstos parece razón suficiente para borrar de un plumazo la temática del trabajo manual? Este es precisamente el problema que nos proponemos tratar: la ausencia de una categoría para el análisis y para la representación misma del trabajo obrero —manual, dependiente, ejecutivo— que se realiza fuera de la fábrica. Este trabajo fue poco estudiado incluso en la época de expansión de la economía de los servicios, pese a que con ella aparecía una multitud de categorías de trabajadores manuales en los sectores del comercio, de los transportes, de la sanidad, de la hostelería, de la alimentación, del turismo, etc. El propio movimiento obrero dedicó menos atención y menos programas a estas figuras laborales que a los empleos de tipo intelectual. En realidad existe un vacío en la historia social del trabajo, del mismo modo que hay una laguna en la investigación y en la teoría.

La hipótesis que aquí queremos presentar es la siguiente:

- en primer lugar, el sujeto obrero, entendido en un sentido tradicional, como «actor histórico» (A. Touraine, 1956), ha existido como tal, en términos históricos, sobre todo gracias a su *definición sociológica,* a través del concepto marxista de «clase obrera»;
- en segundo lugar, la categoría marxista de «trabajo productivo» ha centrado durante demasiado tiempo la atención en el trabajo manual realizado en el interior de las fábricas y, en consecuencia, en detrimento de cualquier otro tipo de trabajo obrero;
- por último, no habrá destino histórico ni comprensión sociológica para este tipo de trabajo y de sujeto sin una adecuada definición de síntesis, tanto en términos empíricos como en términos teóricos.

Así, pues, tomaremos como punto de partida el importante tema del trabajo manual y de los obreros *fuera de la clase,* entre otras cosas porque consideramos arriesgado que los investigadores se detengan demasiado en los cambios del trabajo dentro de la industria, hasta hacer casi una especie de vacío científico en torno al trabajo que se realiza fuera de la industria, en particular si se trata de trabajo manual. A continuación trataremos de poner en evidencia los efectos del rigor industrialista transmitido a la categoría de *trabajo productivo,* debida al Marx «economista», para pasar luego a las consecuencias cognoscitivas y movilizadoras del acertado concepto de *clase obrera* debido al Marx «político». Por último, trataremos de concluir el razonamiento esbozando un esquema descriptivo del difícil trance en que se encuentran sub-

jetivamente los obreros de fábrica, afectados por la decadencia de la tradicional *imagen de clase.*

2. *Los obreros de los servicios*

Mientras la imagen y la noción misma de clase obrera parecen perder fuerza evocadora y descriptiva como consecuencia de los cambios en la estructura productiva de las sociedades industriales, muchos otros trabajadores asalariados, que realizan actividades manuales y tareas ejecutivas, carecen de una categoría teórica adecuada y del oportuno reconocimiento social. Estos, por así decirlo, han quedado ocultos en los vericuetos del razonamiento marxista sobre el trabajo productivo, cuyo rigor asignaba tan sólo un papel accesorio y espacio cada vez más reducido a cualquier aportación laboral que no fuese útil desde un punto de vista capitalista, aun en el caso de que lo fuese desde una perspectiva social, o de que fuese incluso crucial. Si bien esta circunstancia significaba una especie de resarcimiento para todos aquellos a quienes les había tocado la «gran desgracia» de ser trabajadores *productivos* (K. Marx, 1961, p. 367), exageraba, sin embargo, las restricciones múltiples, aunque imprecisas, que la economía clásica, y especialmente la «mezquindad escocesa» de Adam Smith (K. Marx, 1961, p. 294), ponía como condición para que un trabajo fuese «productivo». De esta manera, Marx contribuyó, quizá más que otros, a expulsar de la esfera «productiva» a una masa nada despreciable de trabajos y de trabajadores.

Contribuyó a ello no tanto con la definición de los sujetos «productivos» —por consiguiente, es arbitrario deducir una teoría marxista de la estratificación social partiendo de la teoría del valor-trabajo (T. Geiger, 1970)— cuanto con la definición del adjetivo «productivo», despojado así de las connotaciones morales y de las imprecisiones analíticas de los economistas clásicos y de los pensadores contemporáneos del escritor alemán, movidos a veces por una reprobación antiaristocrática del trabajo servil y del lujo excesivo (M. Salvati, 1977, pp. 150-151). Una manifestación de ese rigor es que Marx no se conforma con valores tales como la manualidad y el esfuerzo —tan ponderados por la pedagogía de Rousseau— como requisios suficientes para la atribución de «productividad».

Precisamente por la fuerza de los referentes científicos y por el rigor de la definición económica, semejante concepción del trabajo manual-productivo no podía por menos que traducirse en una *ideología legitimante* de signo análogo al de ideologías empresariales de la época (R. Bendix, 1973), configurándose así como una especie de industrialismo obrero. La misma se reservaba sus beneficiarios, que, de esta manera —lo sintiesen o no—, conseguían una posición simbólica privilegiada en la sociedad, pasando de apéndices de la máquina a artífices del progreso. Y esto era esencialmente lo que dejaba a

todos los demás trabajadores al margen de una prerrogativa real de *status* no sólo profesional y social, sino también «moral». No importaba que esa prerrogativa no fuese por sí misma una promesa de redención o de promoción social: la falta de ella dejaba al sujeto en una situación de inferioridad [1]. Quien no gozaba de ella era sospechoso de ser menos maduro, menos combativo, menos «consciente».

Un prejuicio científico de gran peso —smithiano, ricardiano, marxista— ha estigmatizado históricamente, en el ámbito de la sociedad industrial-capitalista, el trabajo «improductivo» de muchos, un prejuicio más desdeñoso y extendido que el que esgrime la sociedad en contra del trabajo sucio y pesado. A él se sustraían tan sólo algunos trabajadores como los ferroviarios, los portuarios y los marinos, debido más a su propia organización y combatividad que a los resquicios teóricos de la ciencia económica clásica por los cuales podían «colarse» las actividades relacionadas con la «circulación de mercancías», con ciertas pretensiones de «productividad». Los intentos, tan discutibles como dignos de encomio, de considerar «indirectamente productivos» a una parte de los trabajadores a los que la economía clásica había tachado de improductivos, no han dado resultados sociológicos apreciables, entre otras cosas porque no hicieron desaparecer el prejuicio, sino que simplemente lo trasladaron. Antes bien, se puede sostener no sólo que el revisionismo interno de la cultura de izquierdas ha compartido a menudo el prejuicio de los autores más ortodoxos, sino también que muchas de las refutaciones adjudicables al revisionismo estaban dirigidas mucho más a la doctrina económica que a la doctrina social marxista [2]. Honestamente, tampoco se pueden pasar por alto los intentos de ciertos grupos intelectuales de situar a la «ciencia», en cuanto tal, entre las fuerzas productivas: esfuerzo patético, aunque comprensible, de rehabilitación social (E. Altvater, F. Huisken, 1975).

En el «limbo» social, definido negativamente por el parámetro de la productividad económica —evidentemente, más objetivo y, en cualquier caso, más respetado que el de la utilidad social—, han permanecido durante mucho tiempo todos aquellos trabajadores manuales-ejecutivos cuya identidad social y profesional se definía tomando como base presupuestos canónicos. Este ha sido uno más de los flacos servicios que la ideología marxista-engelsiana de las fuerzas productivas ha prestado al movimiento obrero, el cual se ha apro-

[1] De hecho, allí donde la fatídica distinción social y moral se ha mantenido más fiel a la ortodoxia de la definición, la misma conserva todavía connotación de minoría propiamente dicha. En el Anuario Estadístico Soviético se subdividen las fuerzas de trabajo en afectados a los sectores de la «producción material» y afectados a los sectores «no productivos». En 1984, éstos representaban, respectivamente, el 73,3 y el 26,7 por 100. Cfr. ZSU SSSR (1985, p. 408).

[2] Estudiosos como P. A. Baran y P. M. Sweezy, por ejemplo, han intentado ampliar las fronteras económicas del trabajo «productivo», movidos a ello por la evolución de una estructura económica y social como la estadounidense, más para resolver los problemas de determinación del *surplus* que para proponer una imagen diferente de la estratificación social. Cfr. P. A. Baran (1971), y P. A. Baran y P. M. Sweezy (1968).

vechado de ella sobrepasando con mucho las implicaciones de la teoría del valor-trabajo (A. Marshall, 1959, pp. 64-65; S. Weil, 1956, p. 21; M. Horkheimer, 1974, p. 3). Aquel viejo prejuicio se ha ido resquebrajando, y de una manera cada vez más clara desde que se inició la decadencia de lo que se ha dado en llamar la «relación salarial fordista» (M. Salvati, 1984, p. 52). Aumentan los trabajos y los trabajadores «no productores de plusvalía», lo cual demuestra lo inadecuado y peligroso que es para el movimiento obrero seguir creyendo que la hegemonía política es una consecuencia directa del predominio productivo. Según escribió Max Weber con cierta frialdad: «Ser indispensable en el proceso económico no significa nada, absolutamente nada, por lo que respecta a la posición de fuerza y a las ocasiones de poder de una clase» (W. J. Mommsen, 1959, p. 97).

El número de estos trabajadores, los «obreros del sector servicios», ha ido en constante aumento, y no se puede decir tampoco que, en cuanto grupo, se hayan comportado tan mal desde un punto de vista social o incluso político. Lo que sucede, más bien, es que las tendencias a la «terciarización» del conflicto industrial y los problemas que de ello se derivan provienen precisamente de la peculiaridad de sus luchas, no de la disgregación de su identidad (A. Accornero, 1985). Por otra parte, su importancia ha aumentado tanto como su número, y esta circunstancia se ha visto acompañada de una reducción en el número, si no en la influencia, de los trabajadores «productivos».

A esta contracción de la ocupación productiva y de la propia función de producción frente a las ocupaciones y a las funciones de servicio achacan algunos la desaceleración de las tasas de desarrollo económico, y otros la crisis de la formación social capitalista. Ahora bien, aunque no parece correcto designar las formaciones sociales tomando como única base la respectiva distribución sectorial de la fuerza de trabajo —en cualquier caso, el modelo de Colin Clark ha resultado más adecuado que los demás—, es necesario reconocer que el vuelco, o aunque sólo sea la modificación, de las cuotas intersectoriales de la ocupación señala, y además produce, múltiples repercusiones en la estructura y en la fenomenología social [3].

El fenómeno más llamativo es la alarma que cunde entre las organizaciones de trabajadores, donde esta situación es percibida como una auténtica disgregación del mundo del trabajo (S. Antoniazzi, 1984; B. Trentin, 1986). Probablemente, cuando en la distribución sectorial de la fuerza de trabajo se produce la «irrupción» del sector terciario, tiene lugar un cambio total de la fisonomía tradicional de la fuerza de trabajo, aunque no está muy claro cómo esa redistribución *ocupacional* puede modificar también la composición *social*.

[3] En Italia se produjo un fenómeno semejante cuando en 1982 la cuota de afectados a los servicios, en su conjunto, superaron la de los trabajadores en la industria y en la agricultura. Por otra parte, la industria jamás había llegado a representar el 50 por 100 de los ocupados. Pero esto también es aplicable a la Unión Soviética, donde en 1980 se llegó al porcentaje máximo del 39 por 100, estabilizándose en el quinquenio siguiente en el 38 por 100. Cfr. Istat (1985) y ZSU (1985).

Por lo demás, el fenómeno es más complejo en la vieja Europa que en los Estados Unidos, donde siempre cabe la posibilidad de asignar a la *middle class* —ese compartimento social tan monstruosamente amplio como genérico— no sólo a todos los trabajadores liberados del servicio doméstico o de actividades netamente manuales, sino también a los que superan ciertos niveles de renta o gozan de ciertas formas de retribución. Pero en Europa, y especialmente en Italia, al no poder recurrir a esta solución, se hace difícil situar de forma conveniente a los trabajadores manuales y ejecutivos del sector servicios. Esto deja en un «limbo terciario» a una cantidad enorme de trabajadores cuya morfología social aún no está definida, cuando no se vuelve impropia a fuerza de insistir en ella (P. Sylos Labini, 1986).

Se trata de una curiosa situación. Las vicisitudes ocupacionales y sociales del movimiento obrero dan lugar, según algunos, a una desaparición, o cuando menos a un desdibujamiento, del gran sujeto colectivo de los ideales del socialismo, del Sujeto por antonomasia. Es así que *detrás y después de él* parecen surgir sólo figuras dispersas. Así, pues, después de la «clase general» a lo Lukàcs, no aparece ya aquella «clase particularizada» de la cual se habló desde una perspectiva más objetiva y realista, sino un amasijo informe compuesto de muchos personajes, un no-sujeto (L. Cafagna, 1966, pp. 223-235). Y, como contrapunto de un crecimiento ocupacional, un insidioso *downgrading* social.

¿Por qué? La única explicación posible es el prejuicio y el anatema sobre el cual se levantó la *raison d'être* de las organizaciones obreras —partidos y sindicatos—, incluso cuando acogían en sus propias filas a un número nada despreciable de trabajadores «improductivos», y en ocasiones ni siquiera manuales. Así, pues, lo esencial no era el carácter manual o ejecutivo del trabajo realizado, que de hecho agrupa a muchos no-obreros del sector servicios junto a los obreros de la industria. El parámetro, el requisito, era el carácter productivo del trabajo, tomado como una delimitación ideológica, como una primogenitura histórica. Ampliando el concepto a sus acepciones éticas, podría agregarse, además, que sólo los «portadores de trabajo productivo» podían considerarse como *los auténticos últimos* a quienes consagrarse —y a quienes se dedicaba el movimiento obrero europeo—, porque sólo ellos podrían haber sido los *futuros primeros* (B. Manghi, 1984). Ellos. Y no los dependientes ni los camioneros. Sin embargo, «no se entiende por qué un empleado de comercio ha de ser menos consciente que un tramoyista o un técnico de una fábrica mecánica: la distinción entre trabajadores productivos e improductivos nada tiene que ver con estos propósitos» (M. Salvati, 1977, p. 153).

La distinción entre trabajo «productivo» e «improductivo» se sigue nutriendo en la actualidad de una herencia dogmática y no arroja ya ninguna luz sobre la estructura real del mundo del trabajo. La propia separación entre trabajo manual e intelectual creada por la división social del trabajo ha ido perdiendo importancia al reducirse las tradicionales barreras de *status*. En

consecuencia, el movimiento obrero no puede seguir anclado en una noción estática que coloca a los obreros en el centro y que lleva el sello de una especie de separatismo «fabriquista».

Se puede ser muy aficionado a ese modelo de acción, hasta el punto de sentir preferencia por el «que produce» y no por el «que vende». Pero están empezando a salir a la luz los costes sociales de este modelo cultural, y se pone de manifiesto la gran desgracia que representa ser trabajadores «improductivos»... Por otra parte, ser productivo no siempre ha sido una gran suerte, a excepción de algunos cortos períodos de progreso económico y de legitimación social, como, por ejemplo, el que vivieron los obreros italianos en la década de 1970, con las ideas-fuerza y con la fuerza de choque de la masa obrera, de la unidad sindical, del igualitarismo salarial, de la democracia consejista [4].

Sin embargo, el problema que queríamos poner de relieve no tiene que ver sólo con la *imagen de clase* del trabajo, especialmente del trabajo manual y ejecutivo, a la luz de las transformaciones que se están produciendo en la estructura económica. El problema tiene que ver, sobre todo, con la posibilidad de una definición sociológica adecuada de los sujetos del trabajo «obrero». Hemos visto ya cómo la categoría marxista de «trabajo productivo» sirvió para denominar y representar un universo que hoy ha cambiado mucho, no sólo porque ya no está centrado en la industria. Hemos visto también cómo una parte importante del trabajo ha ido quedando huérfana de un *estatuto* social (y sociológico) adecuado.

Por una parte, el concepto genérico de «obrerización» del trabajo manual-ejecutivo del sector terciario serviría para no reproducir los equívocos ya generalizados y los fallos que tuvieron su origen en el concepto demasiado ortodoxo de «proletarización», aplicado primero a los campesinos y luego a los empleados. Sin embargo, aceptar una pérdida de especificidad obrera para optar por una denominación imprecisa de «clase trabajadora» (C. Baglioni, 1966; E. Invernizzi, 1980) trae consigo un riesgo analítico, el de meter a todos los trabajadores dependientes dentro de una misma categoría clasificatoria, prescindiendo no sólo del sector, sino también del «cuello» y de los estilos de vida que el mismo simboliza. De un modo más general, con miras a una puntualización sociológica, habría que preguntarse cuáles son los parámetros que deben adoptarse: ¿la relación de producción, las relaciones de trabajo, las condiciones de trabajo, la colocación por sector, la composición profesional? Se trata, pues, de ver cuál es la morfología social *del trabajo después de la clase*.

[4] Por otra parte, el carácter crucial y la importancia de la industria dentro del sistema de la fuerza de trabajo no ha durado mucho tiempo en lo que respecta a cuotas ocupacionales y ateniéndonos a la serie estadística del Istat desde 1960 a 1969. La «década obrera» que siguió muestra que no existe un paralelismo entre composición social de la mano de obra y el comportamiento político de los trabajadores. Cfr. Istat (1985).

3. *La clase de los obreros*

No puede confundirse el reajuste de la presencia obrera con el declinar de una imagen de clase. Se trata de fenómenos de naturaleza diferente que no se manifiestan necesariamente juntos y tampoco tienen las mismas causas. Por otra parte, el declive de la imagen tradicional de clase obrera sólo puede advertirse allí donde ésta no sólo existía —incorporada al sentido común de los movimientos y de los partidos—, sino que, además, estaba en condiciones de influir las posturas de los obreros y de orientar sus comportamientos.

La imagen y la idea misma de «clase obrera» proceden de Karl Marx, tanto en un sentido político como en un sentido más propiamente sociológico. Más que de una idea, se trata de un ideal-tipo, como ya antes se ha señalado (S. Ossowski, 1966, p. 83). Hasta tal punto es así que en el razonamiento marxista la idea de clase obrera está destinada a disolverse en la augurada perspectiva histórica del comunismo. Sin embargo, no podemos culpar a Marx de no habernos prevenido del posible debilitamiento de aquella idea. Si acaso, tanto en él como a los demás teóricos del industrialismo, habría que reprocharles el no habernos prevenido sobre el empobrecimiento de un sujeto como el obrero y de una realidad como la industria.

Es curioso que se dé a la definición marxista de clase obrera la misma importancia que a la de «trabajo productivo», cuya génesis y finalidad son totalmente distintas, eso sin tener en cuenta que entre la formulación de una y otra media un lapso de tiempo considerable. En realidad, la formulación de la categoría de «trabajo productivo» estuvo precedida de una intensísima labor científica sobre los fundamentos lógicos y sobre la base conceptual de la economía clásica; en cambio, la consideración del concepto de clase obrera como un concepto fundamental es fruto de la tensión emocional y de la elección de valores que inspiraron al Marx más joven la formulación original y al Marx maduro el uso de la definición.

Situándola en la biografía político-intelectual de Marx, la «clase obrera» viene poco *después* del «trabajo alienado» y mucho *antes* del «trabajo productivo». Y no coincide ni con el uno ni con el otro: antes bien, mientras que no aparece como una consecuencia directa del primero, está indudablemente subordinada al segundo. Clase obrera no identifica ni la separación del trabajo respecto de los medios de producción ni la producción de plusvalía. Se trata de una definición *preanalítica* que Marx forja en la primera fase de su acceso a un papel público: en el tormentoso período parisino que va de enero a junio de 1848 y que está próximo a la redacción del *Manifiesto*. El *ouvrier* que trataba de derribar las barreras de la República era un actor social moderno para el cual la denominación de pueblo resultaba demasiado genérica y la de proletariado inadecuada. Se echaba en falta una noción más política, una denominación que hiciese perder a aquel actor las connotaciones de inferioridad.

La operación fue un éxito. Marx creó un instrumento formidable, tanto para la ciencia como para la acción, dada su capacidad ordenadora y movilizadora de grupos y estratos sociales. Fue un ideal-tipo. Por otra parte, en la obra de Marx no aparece una teoría acabada de las clases sociales. Tal vez no hubiera sido posible, dada la base eminentemente política del concepto de clase obrera, y dada también la posterior orientación económica de los estudios de Marx.

Lo que Marx pretendía era separar una fuerza social de todas las demás, para definir a éstas, a continuación, en función de su coincidencia o divergencia respecto del sujeto inicialmente aislado. De esta manera, el concepto de clase obrera cumplía una *doble función.*

a) *En el plano metodológico* servía para circunscribir un sujeto social sumamente complejo, heterogéneo y fragmentado, tanto en aquel momento como después. Los obreros eran por entonces un grupo en cuyo seno prevalecían las divisiones por oficios y donde las jerarquías profesionales eran muy nítidas (J. Kuczynski, 1967; E. J. Hobsbawm, 1972; S. Merli, 1972; G. Berta, 1978; E. P. Thompson, 1969 y 1981). Pero posteriormente, al aumentar en número, los obreros constituyeron un grupo más heterogéneo aún en lo tocante a sus intereses y a sus estilos de vida. Así, pues, la clase «en sí» era poco más que una abstracción, y a Marx no le resultaba desconocida, por cierto, la composición magmática de lo que se había dado en llamar «las clases trabajadoras», del mismo modo que no se le escapaba la influencia de factores tales como la adscripción étnica, la filiación religiosa, la dispersión territorial y la dimensión de las empresas, incluso en el contexto industrial inglés (P. Gaskell, 1833; L. R. Villermé, 1840; E. Buret, 1842; F. Engels, 1845; F. Le Play, 1855, y sigs.).

b) *En el plano ideológico,* el concepto marxista incorporaba lo que estaba disperso en virtud del elemento finalista en él incluido en el momento mismo de su construcción. De hecho, al formar un grupo tan dividido en su interior, tal vez los obreros no hubieran logrado darse una identidad colectiva y mantener constante en el tiempo la conciencia de lo que los diferenciaba de los demás. Pero, al asignarles a todos ellos un idéntico destino social de clase, era posible trascender sus determinaciones empíricas.

Así, pues, en el plano metodológico, la «clase obrera» ha servido para definir y para situar un sujeto social; en el plano ideológico, en cambio, ha servido para dar nombre a un actor social y para elevar su papel: de subalterno a personaje hegemónico e históricamente vencedor. Una operación realmente genial. (Todo lo dicho puede aplicarse también al otro polo del antagonismo en la concepción marxista de la sociedad, la «clase capitalista»: también ésta resulta ennoblecida frente a la burguesía que, por otra parte, ya antes de Marx formaba pareja con el proletariado.)

Las vicisitudes históricas de la formación y crecimiento de los obreros de fábrica, tanto en el aspecto cuantitativo como en el cualitativo, pusieron de relieve la utilidad metodológica e ideológica del concepto marxista. En realidad, es más correcto afirmar que la clase «hizo» a los obreros, y no que éstos se constituyeron en «clase». Por lo demás, en cierto momento se hizo necesario unir la teoría a la organización. De ahí la social-democracia, para lograr que se reconociese a los obreros como actores políticos; de ahí los bolcheviques, para dar a los obreros una conciencia política.

Por consiguiente, la noción política de clase obrera ha desempeñado un papel importante, aun cuando la diferenciación debida a la división técnica y social del trabajo haya traído consigo formas y niveles diferentes de heterogeneidad en las diversas situaciones histórico-nacionales.

Mientras que en Italia, por ejemplo, sirvió para designar como grupo a un conglomerado bastante menos homogéneo que en otros países, en los Estados Unidos los obstáculos con que se encontraron, tanto la idea como la propia noción, impidieron la formación de una imagen unitaria de clase [5].

Pero también la técnica contribuyó a legitimar la idea de una creciente cohesión de clase, debido a la fuerza unificadora de sus mecanismos de normalización. Así, pues, también la técnica alentaba la creencia, si no en un destino común, sí en una trayectoria común para los obreros industriales. La propia elevación social de los obreros —«reconocimiento», «legitimación», «ciudadanía» (W. I. Thomas y F. Znaniecki, 1968; R. Bendix, 1969; T. H. Marshall, 1976)— confirmaba la validez de una imagen de clase unida a menudo a una visibilidad social y política, como consecuencia tanto de las luchas como de la industria. Y esto a pesar de los obstáculos que se oponían a este ascenso, o quizás precisamente por ellos (G. Roth, 1971). Aunque el comportamiento y la postura de los obreros no siempre obedecían al modelo de clase —es decir, de una manera natural—, esa imagen prevalecía (B. Moore Jr., 1982; M. Bulmer, coord., 1975). Prevalecía incluso cuando los obreros se comportaban de una manera decepcionante, y con mayor razón cuando colmaban las esperanzas de los intelectuales y correspondían a los esfuerzos de las vanguardias [6]. Pero la acción de aglutinamiento social, tan fortalecida por el enaltecimiento de la «conciencia de clase» (G. Lukàcs, 1967; Z. Bauman, 1982; M. Mann, 1975), se reveló al fin históricamente insuficiente, sobre todo al cambiar el universo del trabajo. Y esto se vio agravado por el hecho de que cuanto más se creía saber lo que eran los obreros, tanto menos intere-

[5] Mucho antes que los sociólogos contemporáneos, Marx había señalado la «total indiferencia por el contenido particular del trabajo», y el consiguiente impulso hacia una movilidad de tipo individualista, como un gran obstáculo para que se formase en América una imagen unitaria de clase. Cfr. K. Marx (1969, p. 68); véanse, también, las observaciones de M. Paci en la «Introducción» a S. M. Lipset y R. Bendix (1975).

[6] Por otra parte, resulta difícil averiguar en qué medida los comportamientos más combativos de los trabajadores fueron una consecuencia o una causa de las propias expectativas: piénsese en el obrerismo italiano. Cfr. MAGNA (1978).

saba averiguar lo que éstos pensaban de sí mismos como obreros o como clase.

4. *Los obreros de la industria, hoy*

Algunos signos aislados muestran, también en Europa, los síntomas del declive de la imagen de clase que los obreros de la industria conocen desde hace tiempo en los Estados Unidos (W. Sombart, 1975; S. M. Lipset, 1977; R. Dahrendorf, 1966). La sustitución masiva, en las fábricas, de «trabajo vivo» por «trabajo muerto» —para usar la terminología de Marx— es apenas un sordo rumor de fondo frente a las derrotas sindicales y políticas cargadas de significado simbólico, como, por ejemplo, las sufridas por los obreros en Gran Bretaña, Bélgica, Francia e Italia. A esto se añaden fenómenos secundarios, pero significativos, como la reducción bastante generalizada de la conflictividad laboral y de los niveles de sindicalización de la industria. Pero todas estas señales de un reajuste que no sólo es cuantitativo no reflejan en toda su profundidad un *eclipse* de la presencia obrera, que por primera vez es percibida por muchos como una amenaza inminente.

Lo que parece aflorar ahora (y en Italia quizá de manera más patente que en otros países) es la difusión entre los propios obreros de una sensación de debilitamiento de imagen, de vaciamiento de poder, que va unida a la pérdida de importancia de la fábrica y de la propia industria, pero tal vez encierre algo más. De una manera nebulosa se va imponiendo a los obreros de fábrica la percepción de un riesgo social que hasta ayer era impensable: el de un desfasamiento (no sólo profesional) y un desplazamiento incluso simbólico, sentidos de manera más aguda y dolorosa cuanto más acusada y politizada es su «conciencia de clase». En la propia Italia, donde el trabajo manual y los obreros y de los sindicatos en la FIAT en octubre de 1980 (F. Carmignani, de ciudadanía, el hecho de que el impulso, la fuerza, y quizá también la dirección del cambio, provengan hoy más del lado de la empresa que del lado de los trabajadores hace que la transición sea más brusca. Y la derrota de los obreros y de los sindicatos en la Fiat en octubre de 1980 (F. Carmignani, 1984; G. Bonazzi, 1984), por una parte, y la derrota de los comunistas y de los trabajadores en el referéndum sobre la escala móvil, por otra, acentúan la sensación de que el movimiento obrero se encuentra en un momento decisivo.

Sobre este tipo de sensaciones y percepciones querríamos detenernos, dado que las consideramos tan importantes como los datos relativos a la transformación del componente obrero-industrial en el sistema de la fuerza de trabajo. Nos referimos, sobre todo, al Occidente weberiano: diferente es la situación en los países de reciente industrialización (I. Wallerstein, coord., 1983) y en la mayor parte de los países que practican el llamado socialismo «real». En

estos últimos, la preeminencia del componente obrero-industrial en el sistema de la fuerza de trabajo tiene una importancia tanto política como social (R. di Leo, 1981).

Es notable la influencia que ejercen las nada fáciles perspectivas que se auguran a la industria sobre las percepciones y sensaciones de los obreros con respecto a la transición. Se les suele dar poca importancia, y, sin embargo, de esas percepciones y sensaciones depende muchas veces la manera en que los obreros imaginan su propio futuro, aunque sólo sea porque se les incita a abrir juicio sobre ellas.

Las previsiones son conocidas y sólo se diferencian por la forma: al parecer, el único problema es determinar si los obreros van a seguir existiendo, si van a perder su importancia, si perderán su capacidad de unión o si conservarán su influencia. Para algunos, las perspectivas son de una lenta pero inexorable declinación; otros piensan, en cambio, que será como una rueda acelerada; los hay también que piensan en una marcha irregular e indefinida, aunque de indudable desenlace; y no faltan tampoco los que prevén un epílogo bastante próximo y casi indoloro de las vicisitudes y de la «cuestión» obrera (D. Bell, 1973; A. Touraine, 1975).

A nadie se le oculta que detrás de algunos de estos vaticinios está presente el inconsciente del intelectual que asiste al ocaso de un sujeto y de una clase social que han salido de la prueba de la Historia no ya vencedores y hegemónicos, sino derrotados e incluso en vías de extinción. En ocasiones creemos percibir un sutil movimiento de resaca —que se apoya a menudo en el vector de la «técnica»— en la cual no faltan elementos de repulsa cultural, que en Italia, y quizá también en Francia, son una réplica a los breves períodos de exaltación de los monos azules, de la retórica igualitaria y de los tambores de hojalata.

Estas visiones de la época postindustrial son, a menudo, el fruto de extrapolaciones azarosas (R. Boudon, 1985, pp. 122-130). Las excepciones que representan los países *late comers* y los que siguen el modelo soviético, donde las filas obreras todavía tienen posibilidades de promoción e incluso de autorreproducción de sus perfiles profesionales, aconsejan ser cautos a la hora de pronunciarse sobre las perspectivas históricas de los obreros como clase social. Aun cuando dichas excepciones no parecen capaces de modificar las tendencias actuales, consideramos lícito afirmar que los destinos del sujeto obrero resultarán menos homogéneos y bastante más asíncronos de lo que piensa la mayoría. Como en todas las auténticas transiciones, el ritmo con que se produzca será decisivo para sus resultados (K. Polanyi, 1974). A las tendencias a la declinación se asocian los fenómenos más subjetivos, generalmente pasados por alto por los «postindustrialistas», que consisten en los modos en que los obreros advierten y viven la transición, con mayor o menor conciencia; y esto sin olvidar que también hay quienes no perciben el problema,

quienes directamente, en las zonas y en los países de reciente industrialización, advierten todavía un crecimiento de la realidad obrera y de la imagen de clase (A. Bagnasco y C. Trigilia, 1984 y 1985; D. de Masi y otros, 1985). En realidad, el factor tecnológico y el factor organizativo, que determinan casi siempre el impacto más directo sobre la una y sobre la otra, provocan consecuencias muy diversas, en un *continuum* que va del máximo daño a la máxima ventaja, tanto para lo inmediato como para el futuro más lejano (L. Gallino, 1986; H. Kern y M. Schumann, 1985).

¿Cómo vivirá la mayor parte de los obreros la transición hacia la época postindustrial? A esta pregunta no es posible dar hoy una respuesta empíricamente fundada; tampoco consideramos lícito referirse por analogía a las vivencias del paro y del desempleo obrero de nuestra época, aun cuando se hayan examinado en profundidad (R. Zoll, 1984).

Sin embargo, se pueden formular hipótesis sobre dos formas de autopercepción de la declinación industrial y obrera y de sus posibles consecuencias, caracterizadas ambas por una sensación de privación:

a) Ante todo, parece haber una disminución de la cohesión y homogeneidad de los obreros como grupo, que se resume en un sentimiento de ***pérdida de identidad.*** No es arriesgado suponer que esto tenga efectos sobre la representación y sobre la situación obrera en la sociedad. Es de suponer que esto dé lugar a la percepción de un riesgo de retroceso e incluso de pérdida de las posiciones antes alcanzadas, aunque no hablaremos de «marginación obrera» por cuanto nos estamos refiriendo a un grupo de la población que todavía tiene un peso importante.

b) Parece percibirse también una pérdida de influencia, de ***status*** y de rol de los obreros como clase social, que, a su vez, se resume en una ***disminución de poder.*** Es probable que esto se haga sentir a través del riesgo de un aislamiento y de una ilegitimación del rol. Allí donde la cultura obrera está más politizada y la cultura política más fragmentada (S. Rokkan, 1983), esto puede desembocar en un auténtico destronamiento simbólico de los obreros. En Italia, donde además la legitimación llegó tarde y duró poco (A. Accornero, 1981), la imprevista situación actual es la de una hegemonía combatida, de una minoría social de los obreros; de ello da fe el trabajo de un partido obrero como el PCI y de un sindicato obrero como la CGIL. (Los mismos problemas, aunque con características diversas, afectan a un amplio sector del movimiento obrero de cuño europeo.)

Así, pues, no parece posible describir la transición que se está produciendo sin prestar atención al gran sujeto que está abandonando la escena casi en silencio. Y, sin embargo, es lo que hacen casi todos los teóricos de la sociedad postindustrial (D. de Masi, editor, 1985).

Para comprender todo lo que está sucediendo es preciso observar deteni-

damente las actitudes y los comportamientos obreros *durante* la transición, sobre cuya evolución tendrán, sin duda, una influencia cierta. De un cuadro como el que hemos descrito pueden surgir varios tipos de respuestas imprevistas, difíciles de separar y a menudo cambiantes. Respuestas de pasividad, de corporativismo, de resistencia y de rebeldía que no han faltado y que quizás se entiendan mejor teniendo en cuenta las relaciones industriales. Respuestas que creemos se pueden agrupar a grandes rasgos de la siguiente manera:

— de *retiro,* que van de la desafiliación sindical a la jubilación anticipada;
— de *lucro,* ejemplificadas en general por disfrute de *rentas* de posiciones profesionales y/o sectoriales, y en Italia también por el impulso para prorrogar el subsidio de *cassa integrazione;*
— de *resistencia,* como la encarnizada defensa obrera —a veces también comunitaria— de los puestos de trabajo existentes en el lugar;
— de *protesta,* caracterizadas por formas de lucha violentas o incluso inusuales dentro de los conflictos tradicionales de los sujetos en cuestión.

Al tratarse más de orientaciones que de estrategias de acción, es muy probable que estos cuatro tipos de respuestas sean intercambiables, dando lugar a fragmentaciones más que a divisiones en el interior de los obreros considerados como grupo y como clase social, aunque sin excluir efectos de arrastre o de imitación entre respuestas que demuestren mayor fuerza de choque o capacidad de defensa. Estas orientaciones, que se caracterizan sobre todo por fenómenos de *exit* y de *voice* (A. O. Hirschman, 1982; P. Lange, 1983), denotan entre los obreros un estado de frustración por la perspectiva de una supervivencia amenazada y por el riesgo de volver a ser los «últimos», no teniendo ya un mito que desentrañar, sino sólo una posición que defender.

Sin embargo, la declinación de la imagen de clase de los obreros no significa colapso. Mientras tanto, puede suceder que la persistencia de la industria y la imposibilidad de sustituirla —una vez redimensionada y automatizada— mantengan la importancia productiva y social de todos los que trabajan en ella, y que, así, los obreros de la industria, acaso también divididos, sigan disfrutando como grupo, casi por reflejo, de las ventajas de esa importancia crítica de la industria.

Puede ocurrir también que la prosecución de la iniciativa por parte de los empresarios, en lugar de los obreros, garantice también a éstos las ventajas de que se beneficia un colectivo, sin duda no residual y en cualquier caso dinámico. Si también la industria fuese impulsada, como sucede en la actualidad, más por la innovación que por el conflicto, esto podría repercutir de una manera positiva sobre los propios obreros. Y no sería la primera vez que

esto ocurre. (Con esto no queremos que se nos tache de veblenismo trasnochado...)

Por último, puede ocurrir que la pérdida de importancia del sector manufacturero dentro del sistema económico aliente la cooperación entre las partes, entre los «productores», con lo cual se aumentaría su fuerza relativa frente al resto de la sociedad. Pero puede suceder también que esa pérdida de importancia desemboque en un endurecimiento de las relaciones: patrones más despiadados contra obreros más desesperados. Los conflictos que se producirían serían de tal magnitud que la situación de la industria y de los que en ella trabajan llegaría a ser dramática. Por lo tanto, es preciso entender sin catastrofismos *y estudiar* la declinación de la imagen de clase.

No obstante, el problema crucial sigue siendo otro: el de replantearse la situación de la clase obrera de las fábricas una vez que se ha determinado y aceptado su pérdida de importancia dentro del sistema más general de la fuerza de trabajo. ¿A qué sujeto social debe asociarse el concepto de clase obrera? Es posible que el núcleo del problema estuviese en los interrogantes de los que partía A. Marshall en 1873 para esbozar su visión del futuro de las *working classes:* «¿Acaso no es cierto que, cuando decimos que un hombre pertenece a la clase trabajadora, pensamos en los efectos que su trabajo provoca sobre él más que en los que él produce sobre el propio trabajo? ¿No es cierto que si el trabajo cotidiano de una persona tiende a mantener el carácter rudo y vulgar de ésta decimos, por muy refinada que sea, que pertenece a las clases trabajadoras?» (Marshall, 1981, p. 244).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ACCORNERO, A (1980): «Evoluzione o metamorfosi del soggetto proletario?», en *Rinascita,* núm. 34.
— (1981): «Sindacato e rivoluzione sociale», en *Laboratorio politico,* núm. 4, pp. 5-34.
— (1982): «Il nuovo pluralismo della classe operaia», en *Rinascita,* núm. 19.
— (1985): «La "terziarizzazione" del conflitto e i suoi effetti», en G. P. Cella y M. Regini (eds.) (1985): *Il conflitto industriale in Italia,* Bolonia, Il Mulino.
ALTVATER, E., y HUISKEN, F. (1975): *Lavoro produttivo e lavoro improduttivo,* Milán, Feltrinelli.
ANTONIAZZI, S. (1984): «Lettera alla classe operaia», en *Prospettiva sindacale,* núm. 51, pp. 10-134.
BAGLIONI, G. (1966): *Il conflitto industriale e l'azione del sindacato,* Bolonia, Il Mulino.
BAGNASCO, A., y TRIGILIA, C. (eds.) (1984): *Società e politica nelle aree di piccola impresa. Il caso di Bassano,* Venecia, Arsenale Editrice.
— (1985): *Società e politica nelle aree di piccola impresa. Il caso della Valdelsa,* Milán, Angeli.
BAUMAN, Z. (1982): *Memories of Class: The Pre-history and After-life of Class,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
BARAN, P. A. (1971): *Il «surplus» economico e la teoria marxista dello sviluppo,* Milán, Feltrinelli.
BARAN, P. A., y SWEEZY, P. M. (1968): *Il capitale monopolistico,* Turín, Einaudi.

BELL, D. (1973): *The Coming of Post-Industrial Society. A Venture in Social Forecasting,* Nueva York, Basic Books.
BENDIX, R. (1969): *Stato nazionale e integrazione di classe,* Bari, Laterza.
BERTA, G. (1978): «Dalla manifattura al sistema di fabbrica», en *Storia d'Italia. Annali I,* Turín, Einaudi, pp. 1081-1113.
BONAZZI, G. (1984): «La lotta dei 35 giorni alla Fiat: un'analisi sociologica», en *Politica ed Economia,* núm. 11, pp. 33-43.
BOUDON, R. (1985): *Il posto del disordine,* Bolonia, Il Mulino.
BULMER, M. (ed.) (1975): *Working class Images of Society,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
BURET, E. (1982): *La misère des classes laborieuses en France et en Angleterre,* París.
CAFAGNA, L. (1966): «Fine della "classe generale"», en VV. AA.: *Classe operaia, partiti politici e socialismo nella prospettiva italiana,* Milán, Feltrinelli.
CARMIGNANI, F. (1984): «Il "sindacato di classe" nella lotta dei 35 giorni alla Fiat», en *Politica ed Economia,* núm. 11, pp. 43-48.
DAHRENDORF, R. (1966): *Homo sociologicus,* Roma, A. Armando.
DE MASI, D., *et al.* (1985): *Il lavoratore post-industriale,* Milán, Angeli.
DE MASI, D. (ed.) (1985): *L'avvento post-industriale,* Milán, Angeli.
DI LEO, R. (1981): «Gli operai al governo», en *Laboratorio Politico,* núm. 3, pp. 5-31.
ENGELS, F. (1845): *Die Lage der arbeitenden klasse in England,* Leipzig.
GALLINO, L. (1985): «Trasformazioni produttive, interessi dei lavoratori e domanda politica», en *Biblioteca della Libertà,* núm. 32, pp. 99-103.
GASKELL, P. (1833): *The manifacturing Population of England with an Examination of Infant Labour,* Londres.
GEIGER, T. (1970): *Saggi sulla società industriale,* Turín, Utet.
HOBSBAWM, E. (1972): *Studi di storia del movimento operaio,* Turín, Einaudi.
HIRSCHMAN, A. O. (1982): *Lealtà defezione protesta,* Milán, Bompiani.
HORKHEIMER, M. (1974): *Teoria critica,* Turín, Einaudi.
INVERNIZZI, E. (1980): «Condizioni di lavoro, sociali e politiche degli impiegati», en *Rassegna sindacale. Volúmenes,* núms. 86-87, pp. 148-164.
ISTAT (1985): *Annuario di statistiche del lavoro 1984,* Roma.
KERN, H., y SCHUMANN, M. (1985): *Das Ende der Arbeitersteilung? Rationalisierung in der industriellen Produktion: Bestandsaufnahme, Trendbestimmung,* Munich, Beck.
KOCKA, J. (1982): *Impiegati tra fascismo e democrazia,* Nápoles, Liguori.
KUCZYNSKI, J. (1967): *Nascita della classe operaia,* Milán, Il Saggiatore.
LANGE, P. (1983): «Politiche dei redditi e democrazia sindacale in Europa occidentale», en *Stato e Mercato,* núm. 9, pp. 425-474.
LE PLAY, F. (1855 y post.): *Les ouvriers européens,* París.
LIPSET, S. M. (1977): «Why no Socialism in the United States?», en S. Bialer y S. Sluzar (eds.): *Sources of contemporary radicalism,* Boulder, Westview.
LIPSET, S. M., y BENDIX, R. (1975): *La mobilità sociale nelle società industriali,* Milán, Etas Libri.
LUKÁCS, G. (1967): *Storia e coscienza di classe,* Milán, Sugarco.
MAGNA, N. (1978): «Per una storia dell'operaismo in Italia. Il trentennio post-bellico», en VV. AA.: *Operaismo e centralità operaia,* Roma, Editori Riuniti.
MANGHI, B. (1984): «Il mito degli ultimi», en *Il Mulino,* núm. 291, pp. 38-55.
MANN, M. (1975): *Consciousness and Action among the Western Working Class,* Nueva York, Humanities Press.
MARSHALL, A. (1959): *Principi di Economia,* Turín, Utet.
— (1981): «Il "problema" delle classi lavoratrici», en G. Becattini (ed.): *Marshall. Antologia di scritti economici,* Bolonia, Il Mulino.
MARSHALL, T. H. (1976): *Cittadinanza e classe sociale,* Turín, Utet.
MARX, K. (1961): *Teorie sul plusvalore,* Roma, Editori Riuniti.
— (1969): *Il Capitale,* Libro I, Capítulo VI (inédito), Florencia, La Nuova Italia.
MERLI, S. (1972): *Proletariato di fabbrica e capitalismo industriale,* Florencia, La Nuova Italia.
MOMMSEN, W. J. (1959): *Max Weber und die deutsche Politik: 1890-1920,* Tubinga, Mohr.

MOORE, B., Jr. (1982): *Le basi sociali dell'obbedienza e della rivolta,* Milán, Comunità.
OSSOWSKI, S. (1966): *Struttura di classe e coscienza sociale,* Turín, Einaudi.
POLANYI, K. (1974): *La grande trasformazione,* Turín, Einaudi.
ROKKAN, S. (1983): *Cittadini, partiti, elezioni,* Bolonia, Il Mulino.
ROTH, G. (1971): *I socialdemocratici nella Germania imperiale,* Bolonia, Il Mulino.
SALVATI, M. (1977): «Sul programma di ricerca sottostante alla teoria del valore marxiana (e in particolare sul lavoro produttivo e improduttivo)», en *Quaderni Piacentini,* núms. 62-63, pp. 145-161.
— (1984): «Le trasformazioni del rapporto salariale in Europa», en *Politica ed Economia,* núm. 11, pp. 49-58.
SOMBART, W. (1975): *Perché negli Stati Uniti non c'è il socialismo?,* Milán, Etas Libri.
SYLOS LABINI, P. (1986): *Le classi sociali negli anni '80,* Bari, Laterza.
THOMAS, W. I., y ZNANIECKI, F. (1968): *Il contadino polacco in Europa e in America,* Milán, Comunità.
THOMPSON, E. P. (1969): *Rivoluzione industriale e classe operaia in Inghilterra,* Milán, Il Saggiatore.
— (1981): *Società patrizia cultura plebea,* Turín, Einaudi.
TOURAINE, A. (1965): *Sociologie de l'action,* París, Editions du Seuil.
— (1975): *La produzione della società,* Bolonia, Il Mulino.
TRENTIN, B. (1986): «Prefacio» a VV. AA.: *Il futuro del sindacato,* Roma, Ediesse.
VILLERMÉ, L. R. (1840): *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie,* París.
WALLERSTEIN, I. (ed.) (1983): *Labor in the World Social Structure,* Beverly Hills, Londres, Nueva Delhi, Sage.
WEIL, S. (1956): *Oppressione e libertà,* Milán, Comunità.
ZOLL, R. (ed.) (1984): *«Die Arbeitslosen», die könnt'ich alle erschießen!,* Colonia, Bund Verlag.
ZSU (Zentralnoe Statisticeskoe Upraulenie) SSSR (1985): *Narodnoe Kosaistvo SSSR 1984,* Moscú.

(Traducido por José CASAS.)